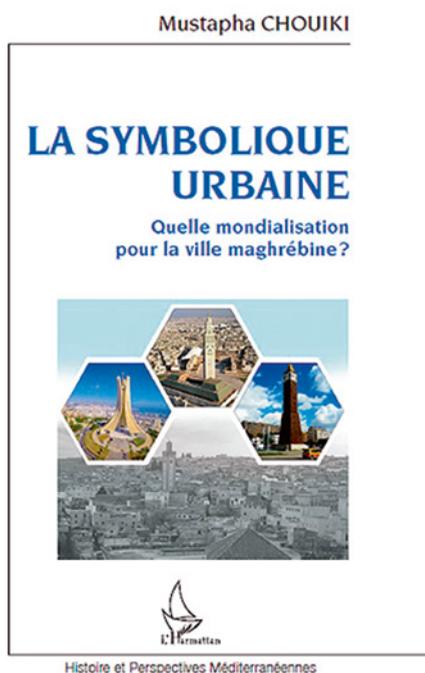


Chouiki, Mustapha: *La Symbolique Urbaine. Quelle mondialité pour la ville maghrébine?* Pub. L'Harmattan, 214 pp. París, 2020. Traducción: Antonio Zárate Martín.



Este libro se centra sobre un tema poco tratado en sí mismo, con una visión de síntesis de la ciudad magrebí a través de sus significados simbólicos, que se encuentran en la base de la construcción y conservación de su urbanismo. El Magreb contemporáneo es cada vez más urbano y su simbolismo afecta al fenómeno en su conjunto, del mismo modo que la lectura de la ciudad ya no basta por sí sola para explicar completamente la realidad urbana como hecho global, en un mundo cada vez más fragmentado y de expansión de los conocimientos. Considerado como una obra de síntesis, este libro pretende

iniciar una reflexión en un ámbito disciplinario capaz de contribuir a la lectura explicativa del fenómeno urbano en sus dimensiones más marginales hasta el momento, a través de la aportación de ingredientes para su comprensión y la renovación de la articulación de sus elementos y factores explicativos. Así, esta obra pretende encontrar respuesta a la siguiente pregunta central: ¿Qué aporta el simbolismo a la aprehensión y promoción de la ciudad en general y del Magreb, en particular?

UNA REALIDAD MUY VARIADA

Sabiendo que el símbolo no tiene ningún valor en sí mismo, se analiza el simbolismo como expresión de las formas de la ciudad, enmarcada en el contexto urbano como producto siempre de una sociedad y una cultura. El simbolismo urbano al que se hace referencia aquí, no se limita a las técnicas inmobiliarias y al arte arquitectónico que resultan de transferencias repetitivas, sino que se hace mucho más amplio para englobar todas las expresiones portadoras de mensajes y que se nos ofrecen como referencias de la vida urbana o de una cultura determinada.

El simbolismo incluye, pues, el patrimonio histórico, la filiación religiosa, las tradiciones étnicas y el ambiente cultural, en sus expresiones más pequeñas. Se centra en los aspectos intangibles de lo urbano, que van desde la esfera de las ideologías a los mitos, los rituales, las metáforas y las representaciones para hacer posible una comprensión más global de la ciudad. El simbolismo urbano oscila permanentemente entre el detalle y lo global, de cuyas relaciones de escala se alimenta. El simbolismo se halla entre los valores fundamentales de la sociedad y su internalización/externalización en forma de comportamientos. La actividad social es en gran medida simbólica, hasta el punto de que algunos antropólogos hablan de la «economía de los bienes simbólicos». En el Magreb, la dimensión espiritual del entorno urbano no es insignificante. La proliferación de mausoleos, de lugares espirituales emblemáticos, de escuelas coránicas, de zaouias, contribuye en gran medida a la fuerte carga simbólica, sobre todo cuando el simbolismo urbano espiritual se asocia con ritos. Por lo tanto, se pretende considerar el espacio urbano como un conjunto de significantes que pueden leerse como un idioma, y, por eso, como portadores de significado y mensajes. Esto da a los valores simbólicos del espacio un papel relevante en la comunicación visual y sensorial.

UN VALOR SOCIAL PLURAL Y COMPLEJO

La noción de simbolismo urbano tiene una polisemia conocida y reconocida. Es algo visible que remite a lo invisible. Esto permite que la ciudad sea legible en sus formas y manifestaciones. Está hecha a la vez de *gramática* y de *vocabulario*. Esto es lo que P. Bourdieu expresa cuando dice que la ciudad es un «edificio donde cada piedra es clave para la bóveda», sin confundir «signo» y «símbolo», como aspectos de una misma problemática semiolingüística. El símbolo designa aquí todos los lugares, objetos y edificios inscritos en un espacio urbano que intervienen en la creación de su identidad y que, a su vez, son objeto de una interpretación por el espectador, ya que el símbolo es representación portadora de significados, como una capacidad universal característica de la humanidad que genera la cultura más allá de los particularismos locales. Así, el simbolismo urbano forma parte armoniosa de un recorrido histórico destinado a valorar el espacio en cuestión y la sociedad lo que lo ha producido. En la ciudad, los hombres pasan y los símbolos permanecen.

Como sistema de signos específicos de la fábrica urbana, el simbolismo urbano es teóricamente muy amplio y debe ser interpretado así para entender todas las formas que le son propias en la realidad vivida, ya que los símbolos son básicamente herramientas de la cultura para materializar determinar mensajes a través del espacio urbano. El simbolismo urbano refleja los valores de la sociedad y para muchos es el vínculo colectivo que estructura la sociedad. La complejidad de esta noción es una cuestión tanto de lenguaje como de juego abstracto del pensamiento. El simbolismo es esencialmente un productor de ambiente, que anima los lugares, les permite transmitir mensajes y le da calidez, carga emocional, atmósfera de imaginación y representación, y poder de visión... Por lo tanto, ejerce funciones variadas y se refiere a realidades urbanas tan variadas como complejas.

En el Magreb, la realidad simbólica es rica y muy diferenciada, sin dejar de ser en todas partes el primer valor urbano. Obliga a la ciudad a decir lo que no muestra a todo el mundo. Esto equivale a elevar el simbolismo al rango de la primera riqueza de la ciudad. El individuo como actor sociocultural fabrica y consume símbolos durante todo el día, así como las relaciones entre el espacio y el poder están mediatizadas por símbolos. El simbolismo es reflejo de un determinado orden político que viste un traje cultural. Como forma espacial que obedece a una orden, la ciudad expresa el orden establecido y es una manifestación simbólica de ese orden. La ciudad cristaliza su vocación de pluralidad de lugares de simbolismo.

UNA LARGA AVENTURA SIMBÓLICA

Con su ajetreada historia, múltiples temporalidades y estructuras polifacéticas, la ciudad magrebí presenta un alto significado simbólico, inherente a la importancia de estos valores acumulados a través del tiempo. El simbolismo es hoy una de las primeras funciones que la ciudad siempre asume más o menos a la perfección. En ella hay un simbolismo anterior a la colonización, donde se combina patrimonio urbano local, antiguo y árabe-musulmán, lo que amplifica y diversifica la dimensión espiritual del entorno urbano. La proliferación de mausoleos, lugares espirituales emblemáticos, escuelas coránicas y zaouias, contribuyen en gran medida a esto. A su vez, la intensa producción simbólica colonial, prolongada por otra poscolonial, diversifica a través del tiempo los contenidos del simbolismo urbano, no sólo como una evolución interrumpida, sino sobre todo multiplicando discontinuidades.

El simbolismo es la expresión de un cierto orden urbano que expresa la existencia de un poder que gobierna la ciudad como un sistema estructurado cultural, religioso, social, económico y político, permitiendo a través de los invisibles alumbrar lo visible con una determinada identidad, en la que los restos culturales siempre están presentes, en términos de comunicación de masa. De esta manera, el simbolismo multiplica modos de expresión en la ciudad y se convierte en manifestación de una cultura plural que se multiplica mediante la diversificación de sus representaciones espaciales. Como producto social, el simbolismo urbano está activo dentro de la sociedad, cuyos valores y códigos transmite. A. Khatibi lo describió como un «tatuaje cultural» que refleja el condicionamiento social interiorizado por cada individuo. La diversidad de los medios urbanos a través de medinas, *ksour*, mobiliario urbano, *zaouias*, mausoleos y mezquitas, permite a la ciudad magrebí enriquecer su capital de símbolos espirituales y consagrar su vocación como lugar de mezcla y acumulación de herencias simbólicas. La memoria de la ciudad magrebí, inseparable del peso del poder político, no se limita a la evolución de los lugares y objetos proporcionados por los sucesivos actores urbanos, sino que también se refiere a los signos que simbolizan estos poderes.

TODO ES SIMBÓLICO DE UNA U OTRA MANERA EN LA CIUDAD

Los aspectos más movilizados por el simbolismo urbano son la cultura, la religión, la política, la arquitectura, la economía, la señalética urbana... En todos estos dominios el simbolismo se incrusta y modela formas y las funcio-

nes. Esto le permite influir de una manera u otra en las visiones, las apropiaciones espaciales, las apreciaciones y las prácticas de los hombres. En definitiva, el simbolismo urbano condiciona el espacio urbano en todas sus dimensiones, articulaciones y funciones. En otras palabras, todo es simbólico o casi simbólico en la ciudad. El simbolismo contribuye así a la producción del espacio urbano y los lugares de recuerdo. Así, la ciudad asocia sus propiedades culturales a sus personajes virtuales. Por lo tanto, adopta una cultura de empresa económica y no una cultura de empresa social. La ciudad magrebí, reconocida por la importancia de sus herencias culturales está perdiendo gradualmente su carga de significados para ganar artificialidad material con la desmedida moda del culto a la modernidad.

Todo lugar de poder es por definición un lugar simbólico, en relación con unos símbolos políticos que se hacen cada vez más presentes y opresivos. Los lugares asociados con el poder político han recibido todo lo necesario para impresionar y expresar la grandeza del poder que representan. Grandeza, poder e inviolabilidad son los ejes estructuradores de una verdadera «cultura de Estado» que utiliza y abusa del simbolismo, de los ritos, de la legitimidad política y de las relaciones de poder. En todas partes, los símbolos del poder tienden a dispersarse por el espacio urbano, buscando tanto la afirmación de la centralidad política y como el despliegue espacial de las herramientas del poder, que es el primer actor urbano en beneficiarse de la centralidad simbólica en casi todas las ciudades. Por otra parte, la debilidad de los símbolos del poder materializa el declive de la urbanidad de las ciudades y el simbolismo de la modernidad no genera la deseada riqueza cultural.

A su vez, el aumento de poder de los símbolos no altera la preeminencia del poder político. La mayor importancia de los centros comerciales y la exhibición mercantil no hace más que acentuar el simbolismo político que está detrás. El resurgimiento del liberalismo con el giro post-keynesiano de principios de la década de 1980 fue acompañado por un aumento del simbolismo del capital mercantil. Las reglas del mercado promovidas por el poder político se apoderan de la vida urbana y hacen del simbolismo urbano un tema político y un juego social. Por su parte, el simbolismo espiritual apuesta mucho más sobre la continuidad que sobre el cambio y se focaliza principalmente en las ciudades tradicionales.

Desde el punto de vista social, la ciudad refleja la estratificación social. En otras palabras, la sociedad se significa material y simbólicamente en la ciudad. Los aspectos sociales del simbolismo urbano no se limitan a los aspectos materiales de la vida, ya que también incluyen los comportamientos y las prácticas que hacen posible que un grupo social destaque o muestre sus pecu-

liaridades. Por otro lado, mientras que la ciudad magrebí se afirma como un símbolo complejo, consagra en paralelo su vocación como símbolo fallido de la diversidad regional. Todo esto no refleja una crisis simbólica, sino más bien una deficiencia simbólica, inherente a la multiplicación de defectos dentro del sistema simbólico.

UNA GLOBALIZACIÓN SIMBÓLICA CADA VEZ MÁS PRONUNCIADA

Dependiendo de los niveles de desarrollo del simbolismo urbano, las ciudades magrebíes se pueden clasificar en varias categorías: los oasis modernizados, las ciudades más simbólicas, las ciudades en simbolización creciente, las ciudades coloniales que reflejan las herencias simbólicas de entonces, las ciudades de fuerte mezcla simbólica y las ciudades con elevadas cargas simbólicas modernas. Y esto, al margen del también creciente simbolismo mercantil. Así, las ciudades magrebíes con patrimonios urbanos diferenciados también están evolucionando con legados simbólicos igualmente matizados. Esto plantea la cuestión de la interculturalidad para todas las ciudades magrebíes, donde los nuevos proyectos urbanos se cargan de significados simbólicos en un tiempo en el que la globalización aporta sus símbolos y fortalece el carácter económico del simbolismo urbano a expensas de sus aspectos culturales. Esto equivale a un mestizaje de diferencias y contradicciones en la apropiación del espacio urbano, en la conformación de las identidades de los lugares, los procesos de patrimonialización, las prácticas espaciales y el mantenimiento de la cultura urbana. Así, la globalización gana fuerza en términos de simbolismo en relación con las mercantilizaciones de las ciudades.

CIUDADES REFORMULADAS SIMBÓLICAMENTE

El examen exhaustivo de las ciudades magrebíes revela una tipología urbana con tres categorías principales de ciudades: En primer lugar, están las ciudades simbólicamente metamorfoseadas, representadas por algunos oasis revestidos fuertemente por un simbolismo al servicio del turismo, como es el caso de Tozeur, Ghardaïa y Ouarzazate, con sus símbolos modificados por su adaptación al turismo con la finalidad de satisfacer la imaginación del turista típico europeo. El estudio de estos tres ejemplos de ciudades, oasis en su ori-

gen, que experimentaron un renacimiento con la colonización, demuestra que las tres se han transformado por el turismo diferenciándose de su entorno inmediato. La intervención pública es generalmente preeminente en esta metamorfosis.

En segundo lugar, viene otro lote de tres ciudades cuyo rediseño simbólico está claramente consolidado. Es el caso de las tres grandes ciudades que han asumido símbolos de diferentes edades y horizontes: Orán, Sousa y Marrakech. Estas ciudades con numerosas y ricas aventuras urbanas, que multiplican herencias árabes y coloniales muy variadas y enriquecedoras, comportan también ambiente festivo, un fuerte potencial comercial, una gran diversidad de actividades culturales, un encanto de ciudades históricas a lo que se suma el atractivo de las grandes ciudades. Estas ciudades, que se están internacionalizando continuamente, mezclan sus legados del pasado con la modernidad sostenida y una centralidad urbana plural.

En tercer lugar, aparece el caso de otras tres ciudades que simbólicamente ya están reposicionadas. Estas son las tres capitales administrativas (Rabat, Argel y Túnez); las tres capitales políticas que aspiran a convertirse también en auténticas capitales culturales con la multiplicación de proyectos simbólicamente culturales y artísticos. La diversidad de herencias y de realizaciones que han modelados sus paisajes confirman sus significados históricos y de civilización, lo que las confirma como lugares simbólicamente de alto valor. La diversidad de sus vocaciones y su preeminencia en las realizaciones de prestigio refuerzan sus posiciones como primeros lugares simbólicos, ilustrando situaciones resultantes de largos procesos de transformaciones simbólicas que han dado lugar a reposicionamientos casi similares, que han seguido multiplicándose desde la época colonial. En los tres casos, los Estados han hecho todo lo posible para hacer de las capitales políticas los símbolos más emblemáticos de los sistemas vigentes.

VALORACIÓN GLOBAL

Es importante señalar que el simbolismo urbano, que siempre ha jugado un papel importante en la consagración de la urbanidad, sigue desempeñando esta función al tiempo que hace de los símbolos los medios de una nueva jerarquía urbana que se traduce en regeneración urbana diferenciada. Es probable que esto diferencie los efectos culturales del simbolismo. El poder político y el dinero están reinventando el simbolismo urbano a través de nuevos mestizajes culturales. Como resultado, el simbolismo urbano escenifica los cam-

bios. A su vez, todo ello se combina con el deterioro del patrimonio urbano y afecta negativamente al capital simbólico heredado, si bien el simbolismo urbano, dividido entre sus aspectos culturales y sus nuevas vocaciones urbanas, no pierde su significado de referencia social con valor ideológico. En este sentido, ¿no se inventaron medinas donde no existían? ¿No se reproducen los Riad por todas partes? ¿No funciona el simbolismo urbano, con capacidad para atravesar el tiempo de acuerdo con las lógicas del poder, como un instrumento de este mismo poder? Así, la ciudad organiza sus símbolos, y los símbolos reorganizan continuamente la ciudad.

Por último, es importante señalar que este libro no tiene como objetivo explicar las expresiones simbólicas para no encerrarlas en sus imágenes materiales, sí, en cambio, quiere captar el sentido y el papel del simbolismo urbano, reflexionar sobre su visibilidad en la ciudad y sobre sus efectos en la imagen la ciudad. Así, la ciudad magrebí, que no pierde oportunidad para demostrar su inclusión en los circuitos de la globalización, revela su participación en el maridaje entre lo individual y lo global para dar lugar a un simbolismo local globalizado, es otra forma de desplegar la unidad del Magreb. La fuerte presencia del poder político en los procesos de urbanización convierte las dinámicas urbanas en componentes de los mismos procesos de modernización del hecho urbano y, por lo tanto, frena la integración con la globalización.

Mustapha Chouiki

Profesor emérito de la Universidad Hassan II-Casablanca